

DISCURSO DE CONTESTACIÓN A DON JOSÉ MARÍA VAZ DE SOTO

Por JUAN DE DIOS RUIZ-COPETE

Excmos Sres Académicos,

Señoras y Señores:

Llevar -asumir- la voz de la Academia es, siempre, una responsabilidad. Ostentarla con ocasión de recibir y dar la bienvenida a un nuevo académico, haciendo, además, la glosa a su discurso, no hace sino aumentar esa responsabilidad y no digamos ya si mirando al pasado, desde el pasado más remoto al más reciente, reparamos si quiera sea mentalmente en cuantos eminentes portavoces asumieron semejante menester a lo largo de la ya casi tricentenaria historia de esta Real Corporación.

Mas el que sea una responsabilidad por inherente al deber académico no excluye que constituya, al mismo tiempo, para mí, en mi experiencia personal, una ocasión gratísima y honrosa. No son, pues, estas palabras más -no quieren ser al menos- las que estrictamente corresponden al cupo estatutario de salutación y cortesía por el ingreso de un nuevo académico. Pretenden comportar al mismo tiempo el plus de satisfacción que la personalidad literaria de Don José María Vaz de Soto merece para todos y especialmente par mí por los vínculos personales de una antigua amistad tan sincera, además, como recíproca.

Y es muy posible; más aún, estoy seguro de que ha sido lo notorio de esa vieja amistad la razón determinante en última instancia

para que nuestro Director delegue en mí, en mi maltrecha, en mi afónica voz, la voz de la Academia, pues no puedo ni remotamente suponer que sea la creencia, la errónea creencia de considerarme con especial conocimiento en la ciencia y el género literarios que nuestro nuevo académico viene ejerciendo y practicando desde casi toda su vida con tanto acierto como competencia, ni por supuesto que tampoco con la clarividencia deseable para glosar su brillante discurso.

He dicho ciencia y género literarios y creo que he dicho bien; porque si bien es cierto que la figura literaria de José María Vaz de Soto podría ser considerada desde distintas perspectivas -como novelista, o lingüista, ensayista, colaborador asiduo y fijo de periódicos, profesor de Lengua y Literatura (hasta hace muy poco que se jubiló de la docencia activa) e incluso como promotor en otro tiempo de un cierto activismo cultural, es su condición de novelista, en gran medida sustentada en sus excepcionales conocimientos de la ciencia literaria, lo que le ha hecho alcanzar la alta estimación con que hoy cuenta en el panorama novelístico de nuestro país y, en definitiva, ha determinado su incorporación a esta Academia.

Y prueba de que ésta su cualidad de novelista, es también para sí mismo su condición preponderante y, en consecuencia, su actividad hegemónica que todo el grueso de su bibliografía -si exceptuamos sus colaboraciones periodísticas y algunos ensayos en materia lingüística- se contrae a este género -diez novelas y un libro de relatos- y que él mismo ha escogido como tema para su discurso de ingreso - como acabamos de oír- una reflexión sobre la novela como género literario, desde su experiencia como autor. Es decir, no ha pretendido, como él mismo advierte, una teoría ensayística sobre la novela desde una posición de estudioso o doctrinario del género como podrían expresar -y de hecho han expresado- tantos teóricos de la ciencia literaria, sino su concepción de este género desde su propia condición de novelista y con especial referencia -en concordancia con esa concepción- a su propia obra narrativa.

Y así resulta que de esta su *poética* de la novela deduce una definición del género que puede echarse a competir -y con ventaja- con la de los más reconocidos teóricos en la materia. No se queda, como hemos podido ver, y como era de esperar en novelista de tan sólida formación intelectual, en la somera y descomprometida abstracción de ver en la novela “una simple ficción en prosa” sino que llega a una

definición que implica por su parte -quiero insistir: como ejerciente de ficciones, como sujeto activo y operante de su propio ejercicio literario- un compromiso conceptual en cuanto que la considera como una visión del mundo, “una visión del mundo que toma forma por medio de una historia”.

Uno, que ha dedicado gran parte de sus lecturas y su investigación a los estudios sobre la teoría literaria, tiene que decir que pocas veces ha encontrado una definición de la novela, -dentro de esta ambición conceptual, porque hay otras muchas que por su inanidad no merecen comentario-, tan ajustada y tan certera. Ni aún apelando a los grandes autores de cuando el esplendor de la novela. Thomas Hardy, por ejemplo, -y lo traemos a cotejo por ser, también, un novelista de pensamiento (David Herbert Lawrence lo tenía por novelista “metafísico”)- definía la novela “como una historia de la imaginación que debe deleitar, satisfaciendo la afición a lo extraordinario de la experiencia humana”. Y Henry Fielding -y lo tomamos, asimismo, como ejemplo por estar en el otro extremo de la cuerda narrativa, esto es, de una novela realista de carácter épico- decía que la novela es “una narración que contiene a un mismo tiempo fábula, acción, personajes, sentimientos y estilo”.

Como se puede ver, dos conceptos distintos y por sí solo insuficientes y mucho más insuficientes para lo que reclama la ortodoxia moderna, que, destronada la epopeya, en pleno descrédito del héroe, advenida la burguesía y las nuevas clases sociales a un mayor rango de exigencia intelectual, ya no se conforma sólo con la imaginación, el entretenimiento, lo meramente evanescente o lo fantástico, ni sólo, por otra parte, con los alardes técnicos o la exclusiva exhibición de habilidades lingüísticas.

Pues bien, uno se atrevería a decir, en consecuencia, que cuando Vaz de Soto da esa definición de la novela como “una visión del mundo” está planteándose en su horizonte mental no sólo un concepto de la novela ideal sino la configuración de una autoaspiración. Y ello porque es ese tipo de novela el que de alguna manera comporta un conocimiento de la realidad, una visión del mundo, no sólo entendiendo el de un cierto desciframiento existencial sino -y cuánto más- el de la interioridad humana, con el que la sensibilidad de Vaz de Soto, su formación, sus aptitudes intrínsecas y su inquietud intelectual, encuentra su verdadero parentesco de consanguinidad.

Efectivamente, desde que irrumpiera en la escena literaria, allá por 1971 con *El infierno y la brisa*, hasta *Desde mi celda*, -que aún tiene ese olorcillo peculiar y entrañable de su impresión reciente-, Vaz de Soto, a través generalmente de unos planteamientos de estadios interiores y de unos personajes de peculiar hondura psicológica, (en algunos de los cuales, dicho sea entreparéntesis, no sería difícil la identificación de algún heterónimo o de algún *alter ego*), ha incorporado a la novelística española, dentro de esa tendencia de la novela de pensamiento, una visión de la realidad -naturalmente que desde sus propias percepciones- y un conocimiento de las cosas que, como intelectual preocupado por los problemas de su tiempo, tiene, siempre, tendencia a lo importante cuando no a lo deliberadamente trascendente.

Y este modo de narración, reflejo fidelísimo de su concepción de la novela, es lo que lo ha instalado -y mantenido- a lo largo de casi siete lustros ya en un lugar de sólido prestigio en nuestro panorama literario, como demuestran la atención crítica que su obra ha merecido, los manuales, los textos y los tratados sobre nuestra literatura más reciente.

Quiero decir que a su cíclica tenacidad narrativa -insuficiente por sí misma como es obvio para la consolidación de ese prestigio literario- ha unido la coherencia, su fidelidad a este tipo de novela de pensamiento no insólita por supuesto pero sí infrecuente en un tiempo como el nuestro tan propicio a la frivolidad, a la intrascendencia o a otras fascinaciones que a veces, muchas, nada tienen que ver con el verdadero arte de la literatura; que obedece, digámoslo sin ambages, a un orden de estrategias mercantiles, políticas o ideológicas tenazmente estudiado y que no tratan de evitar -es lo alarmante- ni siquiera los que más apremiantemente estarían obligados a ello, como las instituciones, las editoriales o los promotores de los grandes premios.

Esta coherencia novelística de Vaz de Soto -y retornamos a su figura literaria que es lo que nos interesa ahora- la justifica, en gran medida, su inalterable convicción de que la novela moderna, como ya advertiera Sherman H. Eoff en *El pensamiento moderno y la novela española* es, tiene que ser en gran medida al menos, novela "filosófica" porque así lo reclama la cultura de hoy. Y aunque es verdad que bajo ese amplio parágrafo de "novela filosófica" se puede cobijar desde la alusión sutil hasta la especulación evidente e incluso, a

veces, hasta la especulación excesiva, él, Vaz de Soto, ha sabido mantenerse, dentro de ese formato de novela de pensamiento y a contracorriente en una época que margina de forma fulminante al que no se somete al ritual de una novela fácil, escapista y de consumo, en un territorio equidistante de la especulación demasiado específicamente filosófica, que hubiera convertido sus novelas en narraciones innecesariamente crípticas -él mismo lo acaba de decir que el novelista y el filósofo tienen objetivos, procedimientos y lenguajes distintos- y la simple historia argumental como soporte único de la novela. O dicho de otra forma: consigue una equilibrada síntesis de ambos elementos, convirtiendo la dialéctica sobre los grandes temas que han importado siempre al hombre y algunos específicos del hombre de hoy, en un coadyuvante al interés de la historia que el relato comporta.

La original tetralogía que inició con *Diálogos del anochecer* y culminó con *Diálogos de la alta noche* es un claro ejemplo de esa metanovela que trata de integrar en la dialéctica del razonamiento la respuesta del hombre de hoy, tanto en la búsqueda de sí mismo como en la explicación de sus circunstancias.

Y esto, que se aborda como una patología del individuo generalmente ante la frustración vital, no desde una perspectiva estrictamente clínica sino psicológica que, como bien saben los médicos no es lo mismo, y que a lo largo de la tetralogía se viene a convertir cuando nos damos cuenta en el síndrome colectivo de una sociedad que durante un largo período de su historia reciente se ha visto constreñida en sus libertades, se personaliza más aún en *Despeñaperros*, excelente relato en el que incide en ese mismo tipo de subjetiva indagación en la que la introspección aspira a ser, además, terapia de un estado depresivo.

Como no es ésta la ocasión -aunque, acaso, uno ya la esté vulnerando- para un recorrido crítico-ensayístico sobre su bibliografía narrativa y como por otra parte Vaz de Soto ha tenido la acertada ocurrencia de considerar en su discurso los propósitos, los fundamentos, la metodología y las circunstancias que determinaron la gestación y la elaboración de sus novelas hasta llegar precisamente a esta que acabamos de citar -*Despeñaperros*-, me veo relevado a más comentario sobre las mismas, que en ningún caso, además, podría ser tan atinado como el suyo.

Mas observando, en cambio, que nada nos ha dicho, alegando, en venial pecado de modestia, falta de perspectiva propia sobre las tres novelas -hago abstracción a *Desde mi celda*- que integraron su ciclo que uno mismo denominó “detectivesco”, acaso venga bien, para completar el perfil de Vaz de Soto novelista, referirme, bien que someramente como reclama la ocasión, a las novelas de ese ciclo -*Las piedras son testigo, Síndrome de Oslo y Perros ahorcados*- porque el excipiente genérico de las mismas, en definitiva el carácter envolvente del ciclo, viene a demostrar dos conclusiones fundamentales a efecto de esta tesis que uno ha venido sosteniendo: la coherencia, esto es, la fidelidad de Vaz de Soto para su concepción de la novela; y el hecho -nuevo- de contribuir a nuestro horizonte narrativo con una singular aportación.

En cuanto a lo primero, cualquier atento observador de la ejecutoria narrativa de José María Vaz de Soto puede advertir sin especial esfuerzo que ni siquiera en este ciclo detectivesco o policíaco, que se suele tener por su naturaleza como más evasivo y de entretenimiento, abdica de un cierto contenido filosófico: la realidad del hombre en el mundo, las cuestiones inherentes a la naturaleza humana y otras específicas y puntuales de este tiempo, se hacen elementos narrativos añadidos, subsidiarios y a veces sustanciales, a la trama específica de cada narración.

Sabido es que la novela policíaca tiene su propio canon y que salirse de él implica siempre un riesgo, riesgo que aumenta si a los elementos fundamentales de la investigación y de la intriga se añaden ingredientes que atraen sobre sí, por su específica importancia, una cuota del interés total que el relato reclama. Este riesgo lo asumió -y superó- Vaz de Soto porque esa inviolable norma del suspense y el planteamiento de unos interesantes -por intrigantes- casos delictivos contruidos sobre unas apariencias magistralmente urdidas y aplicados a unos supuestos del todo verosímiles, pero que dejan desde el comienzo la posibilidad sutil de una leve sospecha, están perfectamente argamasados en su desarrollo con una dialéctica que trasciende del propio enigma narrativo par desembocar en problemas propios de la cultura psicológica o el humanismo en su versión más existencial.

En cuanto a la aportación de Vaz de Soto al panorama novelístico de nuestro país, además de esta fidelidad conceptual -toda una perso-

nalidad- que es lo que en definitiva viene estratificando sucesivamente su solidez y su prestigio, está en la creación -todo un logro literario- de una singular pareja de sabuesos, el viejo comisario jubilado Cayetano Pedrero y su ayudante en la investigación el profesor Manuel Domínguez, que si réplica rural del gran Sherlock Holmes y el Dr. Watson, la célebre pareja de Conan Doyle, tiene con ésta tan sustanciales diferencias que no le resta a aquélla un ápice de originalidad.

Así, si la de Conan Doyle, como propia de la tradición anglosajona, tiene su territorio operativo en la urbe británica, o en las grandes mansiones de sus condados de élite, la pareja de Vaz de Soto “opera” -aunque el hilo de la investigación la lleve, a veces, a otros lugares- en el ámbito entre rústico y aldeano de su tierra de origen, ese rincón áspero y adhesionado de la sierra onubense del Andévalo, que él conoce tan bien.

Se diferencia, asimismo, en talentos humanos y en metodología investigadora. Más próxima la anglosajona a la línea de un Chesterton, incluso a la de los franceses Maurice Lablanc o Simenon, la de Vaz de Soto es más autóctona, podría decir que más carpetovetónica y desde luego que más intelectual y por ende más culta, sobre todo por parte de Domínguez, quien por su condición de profesor, profesor de Lingüística -¿no aludíamos antes a posibles referencias autobiográficas?-, no sólo busca toda oportunidad de meter baza cultural en la investigación sino que como narrador no desdeña, en forma de asequibles diálogos -técnica novelística de excepcional dominio en Vaz de Soto- los temas más afectos a la preocupación -en todos los aspectos- del hombre actual.

A punto ya de terminar, tengo la fundada sospecha de que estas palabras más han desbordado la orilla estricta de este acto, trayendo a vuestra consideración mi personal estimación, bien que somera e incompleta, sobre la novelística de Vaz de soto, con dejación por mi parte de otros aspectos de su biografía acaso más apropiados y oportunos para esta solemnidad que nos convoca, como su brillante licenciatura en Filología Románica, su doctorado en esa misma disciplina, su oposición a cátedra de Lengua y Literatura con el número uno de su promoción a escala nacional, el desempeño de su función docente en distintos Institutos -Madrid, Cuenca, Vitoria, seis años en Burdeos y en Mülhouse y finalmente en Sevilla-, sus premios litera-

rios, sus colaboraciones en revistas y en periódicos, su pertenencia al consejo editorial del diario *El Mundo*...: en definitiva, la semblanza de este escritor, de este intelectual andaluz, sobrio, fino y frío y, por ende, equilibrado y tolerante, muy preocupado por su tierra, pero sin *chauvinismo*, sin excesivas complacencias con la misma.

Si, en efecto, he desorientado mis palabras, desviándolas hacia una estimación cuasi crítica de su obra, pido perdón por ello, pero de lo que en parte acuso, claro está que con afectuosa acusación, al propio Vaz de Soto por haber escogido para su discurso una temática que para mi notoria deformación profesional, como modesto y ya veterano crítico literario, constituía, más que una tentación irresistible, una provocación, naturalmente que una provocación en su mejor sentido.

Con estas mis disculpa, con las que finalizo una doble felicitación: a la Academia por el acierto de traer a su seno a un novelista que nos llega avalado por una importante obra y sancionado por la crítica más rigurosa y exigente; y al propio Vaz de Soto, por incorporarse, con todo merecimiento, a la noble tarea de esta Casa, que espera de él la importante contribución de su trabajo y sus conocimientos.

He dicho.